

culpado. Retiróse por algunos días á un monasterio, y Dios se sirvió de esta ocasión para llevarle á una perfección tan rara, que toda su vida pareció un prodigio continuado.

4.º Para terminar este artículo, diré por último, que si la vida que se pretende abrazar se ajusta en todo á la condición de la persona que la emprende; si, atendidos el espíritu, los talentos, las inclinaciones y fuerzas corporales, se ve que todo se acomoda bien con las obligaciones de aquel estado, puédesse creer que Dios ha criado á tal persona para aquella vocación, porque Dios se sirve de las inclinaciones y naturaleza de cada cual para llevar á uno á la vida activa, á otros á la contemplativa; á unos á vida austerísima, á otros á vida más suave; á éstos adonde atiendan únicamente á sí mismos, á aquéllos adonde puedan emplearse también en ayuda de los prójimos. De los unos hace apóstoles que los traslada por los mares á las tierras de los bárbaros é infieles, para que los alumbrén con la luz del Evangelio, y á otros los labra como el artífice pule el diamante, y por la cuesta del calvario los conduce al martirio. Todas estas almas que van guiadas por la luz de la gracia, están contentas, robustecidas con su auxilio, en su propia vocación; y obran maravillas á gloria de Dios y en beneficio de las almas, y cada una en su estado tiene su paraíso. ¡Oh! ¡dichosa el alma, que se abandona sin reserva al espíritu de Dios!

Lo que se acaba de decir del estado religioso se adapta perfectamente á otros estados y profesiones de la vida. Así de los llamados por Dios al ejercicio de las armas salen los Josués y Davides, los héroes de las Cruzadas y el primer Juan de Austria, vencedor de Lepanto. Y ¡qué bendiciones no alcanzaban de Dios los antiguos Patriarcas porque en la elección de su estado los guiaba el Señor y les daba para su desempeño las cualidades necesarias y superabundantes de naturaleza y gracia! Ni faltan ejemplos en la edad moderna, aun en la gente sencilla, como lo de-

muestran entre otros mil, San. Isidro Labrador y Santa María de la cabeza.

ARTÍCULO IX

I

CARTA PRIMERA

LA VOCACIÓN

Idealismo verdadero.—Lo estable y lo inestable.—Pesimismo y concepción cristiana del mundo.—Dos maneras de teología.—Señales de la vocación.

Repetidas veces, ¡oh joven amigo mío! me has expresado tu confianza y permitido echar una ojeada en lo interior de tu alma. En ella fluctúa una como niebla semejante á la que se ve subir y bajar por la mañana. Pero al mismo tiempo veo con placer que oportunamente amaneció en tí el eterno sol de la verdad, y que cada día se eleva más y más sobre el horizonte de tu alma despidiendo rayos ardientes y vigorosos. ¡Ánimo pues, y adelante! Esos luminosos rayos penetrarán también en las profundidades del corazón, sepultado aún en las sombras de la noche, y el hombre interior que debes formar, se hallará pronto en la plena luz de la verdad, de aquella verdad que es el don más precioso que el Criador comunicó á su criatura en los albores de su existencia.

Prueba palmaria de nuestra procedencia divina y sello del alto y celestial fin para que fuimos criados, es que aquel que sacándonos de las profundidades de la nada nos mostró los diversos y enmarañados senderos de la vida, no nos dejó de su mano: diónos por guía y tutor la inteligencia y ciencia natural; nos designó un maestro seguro en la tendencia irresistible hacia el bien (1), en el que qui-

(1) S. Thom. Aq., Summa theol. I II, q. 109, a. 3: «Diligere Deum super omnia, est quiddam conuaturale homini, et etiam cuilibet creaturae non solum

so que fijáramos nuestra mirada, conduciéndonos como por la mano a la luz que ilumina á todo hombre, al imán de las inteligencias, al foco de las gracias, Jesucristo (1).

Un deseo algo indeterminado y vago palpita en tu mente; y es que los ideales no se presentan claros á tus ojos. Á veces rebosa en tí la alegría cuando se te ofrecen hechos heroicos é hidalgos corazones: á veces se enseñoorea de tu pecho una gran tristeza al ver que no se realizan los ideales creados por tu fantasía, sin los que no puedes vivir. Y á decir verdad, mi querido joven, te sobra la razón; pues un antiguo proverbio nos dice: *Res contempta homo est, nisi se supra humana elevaverit* (Petrarca). Tanto esa tristeza de que me hablas en tus cartas, como el gozo con sus deijos de melancolía que en los momentos de reposo y calma inundan tu corazón, indican el estado de un alma en la que el amor comienza á brotar; todo depende ahora de la especie á que este amor pertenece. Lo que Platón escribe de una manera tan bella y delicada sobre el mito de Eros hijos de Poros y Penía (2), es un hecho cuya verdad comprueba la historia íntima de cada una de las almas. ¿Quién no se siente abatido y desalentado al contemplar su propio corazón, pobre, enfermizo, débil é inconstante? ¿Quién no se deja arrastrar del desconsuelo y la desolación cuando medita atentamente sobre lo caduco y perecedero de las co-

rationali sed irrationali et etiam inanimatae, secundum modum amoris, qui unicuique creaturae competere potest. Cujus ratio est, quia unicuique naturale est, quod appetat et amet aliquid, secundum quod aptum natum est esse, sic enim agit unumquodque, prout aptum natum est esse.... Manifestum autem est, quod bonum partis est propter bonum totius; unde naturali appetitu vel amore unaquaeque res particularis amat bonum suum proprium propter bonum commune totius universi, quod est Deus». I II, q. 8, a. 1: «Voluntas est appetitus quidam rationalis; omnis autem appetitus non est nisi boni. Cujus ratio est, quia appetitus nihil aliud est, quam quaedam inclinatio appetentis in aliquid. Nihil autem inclinatur nisi in aliquid simile et conveniens. Cum igitur omnis res, in quantum est ens et substantia, sit quoddam bonum, necesse est, ut omnis inclinatio sit in bonum».—Cf. I II, q. 10, a. 2; I, q. 60, a. 5; q. 82, a. 2.

(1) Clem. Alex., Strom. VI, 6; I, 22. Iustin., Apol. II, c. 10.

—(2) Sympos. 3.

sas de este mundo? ¿Qué hombre hay que no vuelva su vista á todas partes para descubrir á alguno que tendiéndole la mano le saque del atolladero de su miseria? El hombre espiritual eleva sus ojos, ávidos de luz, hacia arriba, para buscar en la contemplación de la Idea, según la expresión de Platón, la eterna verdad y su inmortal felicidad (1). El amor sensual, por el contrario, abate los vuelos del alma obligándola á que fije sus ojos en las impurezas de la tierra. «*L' uno tira al cielo e l' altro a terra tira*», dice Miguel Ángel. No es éste un amor ni un deseo puro: el que á cosas más altas no aspira, caminará siempre en pos del instinto de la vanagloria y andará como á caza de vanos fantasmas que nunca podrán llenar sus insaciables deseos (2). En un momento presume haber encontrado su felicidad, pero pronto descubre que aquello no era más que el sueño fantástico de un calenturiento que al despertar sólo encuentra el vacío en su derredor (3). El amor celestial, por el contrario, permanece, aunque se deshagan los castillos de deseos fabricados por el ardor juvenil, aunque se marchiten las flores que brotan en las imaginaciones lozanas, aunque la triste experiencia de la nada que son las cosas de este mundo, no deje lugar á nuevas decepciones; en fin, aun cuando termine el día de nuestra vida que constantemente se inclina hacia el ocaso. No mueren, no pueden morir las sublimes aspiraciones de aquel que tiene fija su mirada en el cielo. Sin dejarse aletargar por lo terreno, ni desconcertarse por los sinsabores de este mundo, cada día se presenta más firme y denodado, y entre las borrascas de la vida y entre los rugidos del huracán de las pasiones, permanece imperturbable conservando su habitual serenidad; busca tranquilo á Dios, de quien procede.

¡Ojalá pueda ocurrir lo mismo contigo, mi querido Timoteo! Mira siempre á ese sol que ya en los albores de tu vida te bañó con sus resplandores. Deja que te penetre, y de este modo reverberará en ti su luz. Entonces sí que des-

(1) Sympos. I. c — (2) Ps. 4, 3.—(3) Is. 29, 8.

aparecerán las tinieblas que cual denso velo todavía se extienden sobre tu alma, y se disiparán las nubes que ennegrecen el horizonte, y las suaves brisas de la risueña primavera acariciarán las flores de tu alma. El serafín no desvía un momento su mirada de la beldad divina, pues en su contemplación es feliz; pluguiera al cielo que el pensamiento de Dios vivificara de esa manera tu inteligencia, ya que otra felicidad verdadera y permanente, ni existe ni puede existir (1).

En tus cartas reconozco también lo sólido de tu criterio acerca del mundo, y la pureza de tus costumbres y deseos. Esto constituye por sí solo una grandísima ventaja. No hay mayor tesoro en la vida que haber tenido una juventud pura; que ella á manera de inapreciable bálsamo esparce sus aromas y fragancia en todos los afectos y tendencias del espíritu. Un corazón sin mancilla es capaz del más elevado amor, y un alma casta se levanta fácilmente en alas de su inocencia á la contemplación de la verdad, puesto que, según la expresión del Evangelio, «los puros y limpios de corazón verán á Dios» (2).

El sabio cuanto desgraciado Sainte-Beuve decía: «La voluptuosidad es un agente terrible de disolución respecto de la fe, é inocular más ó menos el escepticismo en el alma. Esa vaga tristeza que como miasma mortífero mana del seno de los placeres, esa fatiga que enerva y debilita á los viciosos, no solamente indican una perturbación del sentido moral, sino además ejercen su influencia en el enlace y encadenamiento de nuestras ideas. El principio de certeza herido y maltrecho, llega, á la larga, á perderse.» En tan hermosas frases pintó este gran hombre su propia suerte. El [pensamiento de la muerte y de la nada de las cosas de este mundo, se agita con frecuencia en tu alma y esto te da ocasión para hablar extensamente en tu última carta sobre los sentimientos que acerca de la pequeñez

(1) S. August., De vera rel. III, 3: «Animae tantum rationali et intellectuali datum est, ut aeternitatis Dei contemplatione perfruatur, atque afficiatur ornaturque; ea, aeternamque vitam possit mereri.» - (2) Matth. 5, 8.

y caducidad de la vida abrigas en tu interior. «Por todas partes, escribes, me sale al encuentro la imagen de la muerte; todo lo que observo en mi derredor, parece llevar impreso su fúnebre sello. La tierra que huello, me imagino que ha sido antes pisada por su huesosa planta, y la mano del amigo que calurosamente aprieto, se me antoja un montón de polvo. Como en otoño las hojas del frondoso árbol, así caen los hombres del árbol de la vida, y en realidad caminamos siempre entre sepulcros. Y día llegará en que á la manera de los hombres, caigan y se desplomen el sol, la luna y las estrellas.» Te admiras de que Tácito llamara al corto espacio de veinte años *grande mortalibus aevum*, y en cambio te encanta San Agustín cuando afirma que toda la vida del hombre no es más que «una corta jornada» (1). Lleno asimismo de zozobra me preguntas: «¿Acaso el corazón con todos sus deseos, no se ajará también del mismo modo que las flores?»...

¿Qué responderé yo, caro amigo, á tal estado de ánimo? ¿Te vituperaré? No creo poder ni deber hacerlo; puesto que el mismo Jesucristo nos enseñó en su Evangelio que el anhelo y agitación por las cosas terrenas, cuando no está penetrado por el pensamiento de la eternidad, es semejante al ejercicio de enterrar muertos. «Dejad á los muertos que entierren á sus muertos» (2).

Por esto Santo Tomás en el «*contemnere res mundanas*» reconoció un signo evidente de que la gracia de Dios habita en nosotros (3).

Precisamente aquellos que en la historia de la humanidad han realizado cosas grandes, comprendieron desde luego la inconsistencia y falsía de las cosas de este mundo. Tales fueron, entre otros, Homero y Sófocles en la antigüedad, Dante (4), Shakespeare (5) y Miguel Angel (6) en los

(1) «Modicum est hoc totum spatium, quo praesens pervolat saeculum» (in Io. tract. 101.) - (2) Luc. 9, 60. - (3) S. Th. I. II, q. 112, a. 5. - (4) Vita nuova c. 23.

(5) Soneto 120.

(6) E veggio ben, che della vita sono
Ventura e grazia l' ore brevi e corte;
Che l' umane miserie han fin per morte.

tiempos modernos. Esto sin hacer mención de esa falange gloriosa de santos jóvenes de nuestra Iglesia, los cuales, porque estaban bien penetrados de esta verdad, abandonaron con gusto el honor y las riquezas terrenas, por juzgarlas indignas de sus nobles aspiraciones é incapaces de henchir los senos de sus corazones. El mismo pensamiento te esfuerza á no dar entrada á una perezosa é indolente melancolía; y esto mismo te hace exclamar con razón: *quam sordet terra, cum coelum aspicio*. La idea de lo transitorio de la vida te espolea y estimula á correr en pos de lo imperecedero y eterno.

¡Cuán distinta es tal disposición de ánimo de la que supone *taedium vitae* que á cada paso hallamos en los antiguos, y que en diversa forma se reproduce entre los modernos! Porque aquélla es propia de caracteres generosos y levantados, á quienes deslumbran los destellos de lo infinito, mientras que ésta atestigua la falta completa de entusiasmo y virilidad. En los que gozan de aquélla, palpita vivo el recuerdo de Dios de quien proceden; en los que son presa de ésta, reina la desesperación, que contamina con su aliento los objetos del mundo visible. En los primeros existe un germen fecundo del cual brota una vida exuberante y llena de bendición; en los otros aparecen el hielo de la indiferencia, las sombras de la duda y el despecho más cruel. En una palabra: fruto de aquella disposición es una saludable tristeza que conduce al triunfo; y el de esta otra una amarga tristeza que empuja hacia la tumba (1). No puedo menos por lo tanto de alabar la primera y vituperar la segunda. ¡Ah, sí! Que aquélla es el rocío de primavera que cual blanco vellocino se extiende sobre la verde pradera, hace germinar la yerba, vigoriza los tallos, abre los tiernos capullos, y merced á su influjo nacen infinidad de flores que regalan su aroma al ambiente; y ésta es como el venenoso y deletéreo vapor que de las marismas y lugares infectos se desprende.

(1) 2 Cor. 7, 10: «Tristitia mundi mortem operatur.»

Es una verdad, mi caro amigo, que la figura de este mundo pasa rápidamente (1). Pero ¿qué se deduce de esto? ¿Qué consecuencia práctica deberás de sacar para tu aprovechamiento? ¿Volverás la vista atrás para contemplar de una manera platónica lo pasado ó lamentar la miseria de todo lo humano diciendo con Teógonis (2):

No haber nacido fuera lo mejor para el hombre,
Ni haber contemplado los rayos deslumbradores del sol;
Pero una vez que ha nacido, caminar precipitado
Hacia las puertas del Hades y
Ser pronto cubierto por la fría losa del sepulcro?

Ó bien, haciendo coro con los adeptos de cierta pseudo-filosofía moderna, que honran al budismo y fatalismo, ¿pondrás en la destrucción y en el absoluto aniquilamiento el verdadero bien y la única felicidad, é invocarás á la muerte diciéndole: Sé mi salvación? ¡No y mil veces no! Ciertamente que aquel que en el mundo busca su última felicidad, encontrará solamente, como necesaria recompensa, los dolores con que el mundo suele galardonar á sus servidores. Una vez que haya apurado la copa de los placeres que embotará sus sentidos, al verse cruelmente engañado, la arrojará al suelo haciéndola pedazos...

Deploro profundamente esa filosofía que arrebató á nuestra juventud sus ideales, que seca sus corazones y mata el amor en sus pechos. No: ni todo es vanidad ni todo es pasajero en este mundo. Lo pasajero no es más que un velo detrás del cual se esconde lo permanente; y lo visible no es otra cosa que un símbolo de lo invisible.

Existe otro mundo verdadero, que está muy por encima de éste que habitamos, y que es eterno é imperecedero. Conserva, mi caro amigo, con exquisito cuidado esos deseos de trasladarte á aquel mundo; así vivirás inmejora-

(1) 1 Cor. 7, 31. — (2) Elegiar. rehsq. vers. 425 y sg.:

Πάντων μὲν μὴ φύνη: ἐπιγθονίοισιν ἄριστον,
μηδ' εἰσεῖν ἀγάς ὄξος ἡελίου.
φύνη δ' ὅπως ὠκίστα πύλας Ἄιδου περῆσαι
καὶ κεῖσθαι πολλὴν γῆν ἐπισσάμενον.

blemente y recibirás constantemente la savia fecunda que anime y robustezca tu espíritu aunque el cuerpo desfallezca y se caiga á pedazos. Por eso vemos tantos jóvenes envejecidos, pues la vida de los sentidos y del exterior envejece rápidamente; y por el contrario, encontramos con frecuencia ancianos venerables dotados de un espíritu verdaderamente juvenil, pues en sus nobles ideas llevan consigo un elemento vivificador que constantemente renueva su juventud como la del águila (1). «*Invicem insanire videmur*», decía ya San Jerónimo hablando de la diferencia de miras entre el hombre mundano y aquel que está poseído del espíritu de Dios; y en otro sentido ya antes había exclamado el gobernador Félix refiriéndose á San Pablo: «¡Pablo, tú estás loco!» (2) Y en efecto, para aquel que no cree en la eternidad no hay más que esta pobre vida terrenal, corta y nublada como un día de invierno al que sigue muy pronto una obscura noche, y en la que el mundano procura acallar el dolor de lo pasado con el delirio del placer que vislumbra en los honores y en las riquezas.

Yo sé muy bien, mi caro Timoteo, aunque no me lo hubieras dicho en tus cartas, que tu vista no se satisface con lo que ve, y que tu corazón desmayaría si anhelase buscar hartura en la tierra. Por lo mismo: ¡*Sursum corda!* Trabaja por guardar incólume ese noble sentimiento que te impele hacia lo ideal; pues en él se cifra tu única felicidad.

Pero ¿existe un ideal que verdaderamente persevere constante y no pase? Escucha la voz de un joven cansado como tú de la continua mudanza de las cosas humanas y deseoso de las celestiales. Es San Agustín, el cual en el libro de sus Confesiones exclama: «¡Oh Dios de la fortaleza; tórnanos hacia Ti, muéstranos tu rostro, y seremos felices! (3). Adonde quiera que el alma se vuelva sólo encuentra dolor fuera de Tí, por muy hermoso que parezca lo que halla. Que todo aquello que no te pertenece, en su

(1) Ps. 102, 5.—(2) Act. Apost. 26, 24.—(3) Ps. 79, 4.

mismo nacimiento lleva el sello de la muerte. Porque al nacer los seres comienza su existencia; crecen, se desenvuelven y una vez llegados á su completo desarrollo principian á decaer, envejecen y mueren: pues todo se deshace y pasa. Los seres que más precozmente se desarrollan, corren con más precipitación hacia su término; y he aquí precisamente su aciaga suerte final. Por consiguiente, escucha, alma mía. El Verbo mismo te llama para que á él tornes del ruido del mundo y de los halagos de la vanidad. En él está la mansión de la imperturbable paz, y jamás te abandonará su amor mientras tú no le vuelvas las espaldas. Oye, te dice el Verbo: todo lo presente pasa, y suceden á los pasados nuevos objetos, ¿pero acaso paso yo también? Escoge aquí, alma mía, un lugar para tu reposo, ya que hastiada y fatigada estás de tantas decepciones. Devuelve á la verdad lo que de ella posees, y nada perderás; tus heridas se cicatrizarán, y todo lo que en ti se halla enfermo, sanará. Lo que desaparece se renovará en tí, y lo mudable lo conservarás perpetuamente, si te unes á Dios eternamente inmutable» (1).

En Dios tenemos, en efecto, nuestro verdadero ideal, en Él el objeto último de todas nuestras aspiraciones; y el que algo fuera de Él busca, camina errado. Elévase hasta las estrellas ó penetre hasta las profundidades misteriosas de la tierra, jamás dará con lo que busca. «¿Dónde está el blanco de mi amor?» exclama de nuevo San Agustín; «Pregunto á la tierra, y me responde; yo no soy. La misma pregunta hago al mar y al abismo, al sol, la luna y las estrellas, y todos unánimes me responden; no, nosotros no somos tu Dios al que buscas. De este modo solía yo apostrofar á las criaturas que me rodeaban: Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras mismas no lo sois; decidme algo de Él. Y á este mi apóstrofe, todas con potente voz me respondían: Él nos ha criado» (2).

Alimentémonos, pues, de Él que es vida de nuestra vi-

(1) Confess. IV, 10 y sg.—(2) Ps. 99, 3.—August. I. c. X, 6.

da (1). Pongámonos confiadamente en sus manos. A la manera que las estrellas difunden sus rayos luminosos en las tinieblas de la noche, así estos eternos pensamientos permanecen constantes sobre el perpetuo flujo y reflujo de lo temporal. Como el piloto á la estrella del norte, así nuestra inteligencia debe mirar incesantemente á Dios. Todavía se desencadenarán tormentas, y habremos de luchar á brazo partido, pues el mundo no renuncia tan fácilmente á su presa, y sólo con un poderoso y decidido esfuerzo podremos desprendernos de sus brazos. Mas consolémonos ante la idea, que no peleamos en vano, y que el premio que nos espera es digno de semejante combate. Cierto que también nuestra vida se desliza cual ligera sombra, y pronto no se hará mención de nosotros; pero esto, por decirlo así, no concierne sino á la parte externa y sensible. Los pensamientos eternos de que nos hemos nutrido y que son los que dan impulso y calor á nuestra actividad, le habrán granjeado una corona inmortal. Y si bien somos como la ola en la incesante marea de las cosas, sin embargo no nos sumergimos en los abismos del tiempo, sino que con paso seguro nos encaminamos á playas de risueño porvenir. El conocimiento de Dios que ahora es para nosotros como la estrella vespertina que alumbra las tinieblas de la vida, será luego el brillante lucero de la mañana que anuncie la llegada de aquel dichoso día que no conocerá fin. En este sentido, mi caro amigo, esta nuestra inconstante y frágil vida envuelve una grande y eterna significación, y sólo así es digna de que la apetezcamos. Como el fondo de oro sobre el cual los antiguos pintaban, esclarece y hace resaltar prodigiosamente la imagen, así también el sentimiento de lo eterno constituye como el fondo de nuestra conducta, y atrae una especie de sobrenatural bendición sobre todo, aun sobre lo más pequeño, que hacemos ó sufrimos; es como vara mágica que trasforma lo terreno en celestial y nos hace, ya en la

(1) August. I. c.: «Deus autem tuus etiam tibi vitae vita est.»

tierra, partícipes de la inmortalidad misma de Dios (1). Porque todo es vanidad, aun lo más precioso y grande, cuando se separa de su verdadero centro, el cual solo puede comunicar á las cosas legítimas grandeza y ser duradero. Aquel que, por seguir á Dios, todo lo abandona, no buscando en sí mismo su felicidad, recibirá una recompensa centuplicada (2) sin perder nada en realidad, pues, como dice el Apóstol, «todas las cosas os pertenecen» (3).

Y por eso puede decirse que no es todo vanidad. Ciencia, arte, virtud, religión y en fin todo cuanto comunica al hombre honor, felicidad y belleza de buena ley no es vanidad.

Ciencia propiamente se dice la que arrancando de la contemplación de lo singular y transitorio, se eleva hasta lo universal y permanente, la que estudia la realidad y esencia de los particulares y contingentes, encumbrándose por ellos hasta la contemplación de la idea que en sí contiene los principios fundamentales de las cosas (4).

De este modo adquirimos la ciencia de lo verdadero y de lo real, en contraposición á lo que solamente envuelve una apariencia pasajera; y llegamos al conocimiento de la primera causa y último fin, de la que todos los seres reciben sus elementos constitutivos y hacia la cual todos convergen (5).

(1) Aristot. (Eth. Nicom. X, 7): *Εἰ δὴ θεῖον ὁ νοῦς πρὸς τὸν ἄνθρωπον, καὶ ὁ κατὰ τοῦτον βίος θεῖος πρὸς τὸν ἀνθρώπινον βίον· οὐ γὰρ δὲ κατὰ τοὺς παραινούντας ἀνθρώπινα φρονεῖν ἄνθρωπον ὄντα οὐδὲ θνητὰ τὸν θνητόν, ἀλλ' ἐφ' ὅσον ἐνδέχεται, ἀθανατίζειν καὶ πάντα ποιεῖν πρὸς τὸ ζῆν κατὰ τὸ κράτιστον τῶν ἐν αὐτῷ.*—(2) Matth. 19, 29.—(3) I Cor. 3, 22.

(4) August., Quaest. 83, q. 46: «Sunt namque ideae principales formae quaedam vel rationes rerum stabiles atque incommutabiles, quia ipsae formatae non sunt; ac per hoc aeterna ac semper eodem modo se habentes, quae in divina intelligentia continentur. Et cum ipsae neque oriantur neque intereant, secundum eas tamen formari dicitur omne quod oriri et interire potest, et omne quod oritur et interit.» Cf. S. Thom., S. th. I, q. 15, a. 1: «Quia mundus non est casu factus, sed est factus a Deo per intellectum agentem, necesse est, quod in mente divina sit forma, ad cuius similitudinem mundus est factus. Et in hoc consistit ratio ideae.»

(5) S. Thom., Contra gent. I, 1: «Nomen simpliciter sapientis illi soli reservatur, cuius consideratio circa finem universi versatur, qui etiam est universitatis principium.» (Según Aristot., Metaph. I, 1.)

Esa es, querido amigo, la sabiduría por la que han suspirado cuantos hombres esclarecidos produjeron las edades, y por la cual tú suspiras. Teología la llamó ya Aristóteles, designándola como la más alta y primera entre las ciencias (1). Y con razón, puesto que la idea de la verdad conduce necesariamente la inteligencia al conocimiento de una primera Verdad; la idea del bien, al de un Bien supremo; y la idea de ser, á la de una existencia ilimitada y absoluta, que es Dios. Y, sin embargo, la teología especulativa, que al hombre, mediante la inteligencia, le dirige á la verdad, y por medio de la verdad á Dios, no constituye el objeto final. Sin duda alguna lo esencial de la inteligencia, su más alto y hermoso oficio y ornamento consiste en que, remontándose paso á paso en la escala infinita de los seres, suba hasta Dios. Ciertamente es también que por este severo procedimiento llega á conocer la verdad y en ella á la divinidad, pero no toda la verdad, sino los rayos dispersos de la misma que los objetos mundanales reflejan, y aun esos no de un modo acabado y perfecto. Y es que aunque el sol de la verdad esparza sus luminosos haces sobre el vasto horizonte de la ciencia, todavía ló cruzan densas nubes que lo entoldan y cubren de cendales. Lo limitado y finito de nuestra naturaleza pone asimismo linderos á nuestro conocimiento, á los que tal vez la inteligencia no llegue, pero de seguro jamás podrá traspasarlos, permaneciendo de este modo en rigor siempre exacta la comparación que el Estagirita hizo entre la inteligencia del hombre respecto de la verdad absoluta (2) y los ojos de la lechuza en frente del sol. Pero esta misma limitación es para el hombre pensador un signo por el cual viene en conocimiento de otro dominio soberano que debe el entendimiento investigar y que responde en el hombre á una segunda necesidad, la de apoyarse en el sólido fundamento

(1) Metaph. I, 2: Οὐτε τῆς τοιαύτης ἄλλην (ἐπιστήμην) χρὴ νομίζεν τιμιωτέραν. ἡ γὰρ θειοτάτη καὶ τιμιωτάτη τοιαύτη δὲ διχῶς ἂν εἴη μόνη.

(2) Metaph. II, I.

de la palabra de Dios, por la que Sócrates (1) y Platón (2) suspiraba.

De este modo la fe viene á ser el complemento de la ciencia, pues la ciencia genuina lleva necesariamente consigo cierto presentimiento del reino de la verdad en el cual entramos por la fe, y donde aprendemos aquella sabiduría que á toda sabiduría sobrepuja. Así, mi querido Timoteo, ha logrado el hombre la ciencia de la fe, la positiva y sobrenatural teología, peregrinando por el camino de la ciencia natural, tomando como punto de partida la consideración del mundo y su admirable armonía con los resultados de la investigación racional, iluminado por la verdad que la palabra de Dios ha revelado, sustentado por sobrenaturales pensamientos y levantado á esferas superiores en que descubre horizontes inexplorados. De esta última ciencia, mi querido Timoteo, nos ocuparemos en adelante. Pero ¿tengo yo vocación para teólogo? me preguntas en mi carta, Y á esto he de responderte con Santo Tomás (3), que *delectari in Deo* es un segundo y muy particular indicio de que Dios habita en nosotros. El alma que al mundo aborrece y busca á Dios, no puede errar. Dale gracias por esta disposición de ánimo con que te ha enriquecido, y que como es un ferviente anhelo por un mundo mejor, y un llamamiento particular del Señor en el que debes reconocer tu vocación. Procura cultivarla cuidadosamente. El ruido del mundo resuena constantemente en nuestros oídos, y las olas de lo terreno y caducos agitan sin cesar. Aquella región superior del alma donde ha de florecer una vida nueva y celestial, debe ser, á fin de que esté apercebida para el combate, atentamente vigilada y con esmero protegida, á la manera que lo es por fuerte y ciclópeo muro una isla solitaria expuesta á los embates de un mar enfurecido y proceloso.